

Jóvenes, solidaridad y medios hegemónicos

Dra. Florencia Saintout

florenciasaintout@yahoo.com.ar

Dra. Andrea Varela

varelaandrea@yahoo.com.ar

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

Nunca un gobierno fue tan maltratado por los medios de comunicación en la historia de los argentinos como ha sido el de los Kirchner. Cuando pase el tiempo podremos ver la magnitud de ese ataque. Pero no se puede decir lo mismo con respecto a las juventudes: siempre (en el siempre de la existencia medios/juventud) los medios de comunicación han estigmatizado a las juventudes. Desde la emergencia en el espacio público a mitad del siglo XX de un nuevo sujeto histórico que fue la juventud, las maquinarias simbólicas dominantes se han encargado sistemáticamente de atacarlo.

En Argentina se ha estigmatizado a los jóvenes como *guerrilleros*, *subversivos*, *egoístas*, *patoters*, *apáticos* y *peligrosos* de acuerdo a los diferentes tiempos históricos. La estigmatización ha sido una constante feroz también en la última década contra los jóvenes militantes tanto del kirchnerismo como de las demás identidades políticas de izquierda.

La cantidad de adjetivos descalificatorios que pueden rastrearse día a día en las páginas de los diarios más poderosos, y especialmente en las pantallas televisivas de medios hiperconcentrados habla de la vocación adultocrática pero especialmente antipolítica de estos medios. Han tenido y tienen un ensañamiento particular con los jóvenes militantes de la agrupación La Cámpora. De ellos se dijo que “son corruptos”, que “ocupan ilegítimamente el

Estado”, que “son soberbios”, que “portan armas”. Sin embargo, jamás pudieron acompañar sus denuncias con algún dato concreto que avalara las afirmaciones, ni periodístico ni judicial ni de ningún tipo

Pero además han silenciado todo tipo de información sobre las actividades y compromisos de estos jóvenes. Jamás han hablado de sus solidaridades, de sus trabajos en los barrios y las universidades, o de las banderas que levantan y los sentidos que les dan. Nunca se difundió en los medios hiperconcentrados un trabajo serio sobre quiénes son estas agrupaciones políticas que denostaron y agredieron sistemáticamente hasta la actualidad. Incluso existiendo trabajos de investigación en ciencias sociales y ensayos excelentes sobre la temática (como los de Natanson y Perez y Natalucci en 2012, el trabajo compilado por Angelini y Sánchez Narvarte en 2014 o los muy buenos trabajos editados en 2015 por Vommaro, Vazquez, Chavez y Varela), que bien podrían haberse utilizado como fuentes, no lo hicieron.

Los medios hegemónicos no hablaron ni hablan del sentido de solidaridad que los jóvenes están construyendo como parte de la cultura política actual.

En el 2013, cuando la ciudad de La Plata se inundó con el trágico saldo de más de ochenta muertes, la presidenta de la nación en ese momento convocó a los jóvenes a solidarizarse con las víctimas. Ella fue la que dijo *La patria es el otro*, frase que fue reapropiada como emblema de identidad política por estos jóvenes.

¿Quiénes eran, quiénes son los otros, el otro? Mucho podría escribirse al respecto, pero esto es lo que surge de las entrevistas con los propios jóvenes. El otro es en plural, en femenino, en construcción. “El otro es aquel al que todavía no llegó el estado con sus políticas de inclusión”; “el otro es el que sufre y necesita ayuda”; “los y las que están en la cárcel”; “el otro son también las otras, las mujeres que sufren violencia de género”; “el otro es el que se droga y no sabe cómo parar”; “son los que aún no tienen trabajo, los que no terminaron la escuela”. En la mayoría de las entrevistas de investigación llevadas adelante por nuestro equipo a militantes de agrupaciones políticas, la respuesta a la pregunta quién es el otro en la frase *La patria es el otro*, aparece ligada a una convocatoria a la propia acción política. El otro es el que completa y da sentido al nos/otros en construcción (la presencia del “aún” en las respuestas).

En el año 2013 y ante la inundación, una de las más terribles de la historia reciente, jóvenes agrupados políticamente se movilizaron desde distintas partes del país con el objetivo de acompañar a las víctimas y reconstruir la ciudad. Mientras los medios de comunicación se ocupaban de debatir si era legítimo o no que la solidaridad estuviera ligada a la política, ellos cavaron zanjas, arreglaron techos, escucharon a los ciudadanos que se habían quedado sin nada. Acompañaron y tendieron sus brazos de manera organizada y en claro diálogo con el gobierno en el Estado nacional para que las políticas públicas ante la emergencia fueran concretadas. No hicieron caridad. No eran grupos de ONGs. Eran jóvenes militantes organizados políticamente, lo que le confería a la acción una capacidad grandiosa.

Durante los años de los gobiernos kirchneristas los jóvenes fueron un eslabón imprescindible para el buen funcionamiento de muchas de las políticas de inclusión desde el Estado. Contra las culturas del *no te metas* heredada de la dictadura, y del *sálvese quien pueda* del neoliberalismo, los jóvenes militantes se esforzaron y se apasionaron vitalmente en la tarea de “ir a buscar” a aquellos argentinos a los que el Estado no llegaba por sí mismo. Así, como ejemplo, censaron y armaron los listados para que distintas personas pudieran acceder e incluso informarse (algo inviable a través de los medios masivos) de las posibilidades de la jubilación, o de la Asignación Universal, o de programas como el Progresar o el Fines solo por citar algunos.

François Dubet (2015) se pregunta por qué elegimos la desigualdad. Él piensa que el capitalismo no solo genera riquezas acumuladas desigualmente, sino que además va de la mano de una cultura que lo permite, que lo naturaliza y lo hace aceptable. Sin cultura de la desigualdad no hay desigualdad. O al menos no tendría la condición contemporánea.

Los jóvenes militantes en el kirchnerismo y en las izquierdas han y están caminando contracorriente de la cultura del egoísmo y la desigualdad neoliberal. Que puedan seguir indignándose ante las injusticias y desigualdades, como lo han hecho otros jóvenes, tal vez sus abuelos, a veces sus padres, podría llenarnos de esperanza ante un mundo que pareciera ser día a día cada vez más cruel. Sin embargo, a los editores centrales de los grandes medios esto los enfurece y aterra.

El 22 de noviembre de 2015, el mismo día del primer balotaje efectivo de la Argentina, en el diario La Nación, uno de sus columnistas centrales escribió la nota “Adiós a una genera-

ción”. En ella decía que ganara quien ganara se terminaba el tiempo político de la generación de los que habían sido jóvenes en los 70 (hay que recordar que Néstor Kirchner, al asumir, reivindicó a esa generación como la que había sido diezmada; dijo luego: somos hijos de las madres, interpelando en ese momento también a los movimientos de derechos humanos que lucharon contra la dictadura y el neoliberalismo). Según el columnista de La Nación la presidenta gobernó desconociendo la democracia porque su generación la había desconocido. Algo distinto iba a pasar con el siguiente presidente según él: “Los que vendrán son otra cosa (...) ninguno de los dos -candidatos- se interesó por la política hasta mucho después de la instauración democrática (...) compartieron siempre el gusto por las mujeres hermosas y sufrieron momentos dramáticos (...) **son auténticos hijos de las democracia porque la política les fue indiferente, por edad y por pertenencia social, en los años en que la violencia asolaba por izquierda y derecha**”. Las negritas son de quien escribe este artículo, y tal vez esté de más resaltar la actualización siempre dispuesta para algunos de la teoría de los dos demonios (como seguramente recordar que jóvenes de 14 y 16 años, la edad que tenían los dos candidatos en 1976, fueron víctimas de la feroz represión de las elites económicas y militares en poder del Estado durante la última dictadura).

El periodista celebra que finalmente esté terminando la generación de los setenta en la política (al contrario de lo que hoy cantan muchos jóvenes, a veces junto a sus padres, que dicen que esa generación no fue vencida ni con las bombas ni con los fusilamientos).

El artículo es aberrante por muchas cuestiones que exceden este texto. Y no se priva finalmente de decir que también se tiene que terminar otra generación: la de los jóvenes militantes kirchneristas de hoy. Escribe: “Es extraño que una fracción política surcada por las heridas del pasado, como es la del cristinismo, haya formado a la juventud más entusiasta de la política (...) fanatizarla hasta el extremo de que confunda la democracia con una monarquía iluminada fue un colosal error de Cristina. La nueva generación de políticos deberá construir una juventud política con valores modernos y democráticos y demostrarles a los jóvenes cristinistas que hay otra forma de hacer política. Convencerlos de que el tiempo que añoran y no vivieron se terminó”.

Al día siguiente de esta nota, la editorial del diario La Nación tituló “No más venganza”. En ella expuso una versión siniestra de los años setenta, afirmando que lo que el kirchnerismo

llamó juventud maravillosa fue el demonio que provocó el pánico social y el terrorismo de Estado. Y dijo que es urgente resolver el “vergonzoso padecimiento de condenados, procesados e incluso sospechosos de la comisión por delitos cometidos durante los años de la represión subversiva y que se hallan en cárceles a pesar de su ancianidad”, refiriéndose a los genocidas presos. La editorial recibió el repudio de la mayoría de la sociedad argentina, e incluso de los propios periodistas del diario.

Los medios hegemónicos no han dejado de demonizar a los jóvenes cuando se comprometen con la lucha por un mundo más justo. Y parece que no dejarán de hacerlo en el tiempo que viene. El desmontaje crítico de esas visiones es imprescindible para que no avance una cultura del egoísmo desenfrenado solo funcional a la acumulación sin límite de unos pocos en detrimento de la mayoría.

En el último discurso como presidenta, en una plaza de mayo profundamente conmovida, unida y en paz, Cristina Kirchner dijo: “A los jóvenes no los miro, si no que me miro en ellos”.

Estos jóvenes militantes de la plaza son los que creen firmemente en la democracia hecha de libertad e igualdad. Cualquiera que estudie juventudes puede dar cuenta de esto. Si así no lo hiciera, es porque una vez más tiene los ojos ciegos ciegos, bien abiertos a la televisión.

Bibliografía

Angelini, Anahí y Sánchez Narvarte, Emiliano (2014). *Jóvenes y Política. Reflexiones en torno al voto joven en Argentina*. La Plata, EPC.

Chavez, Mariana y Segura, Ramiro (2015). *Hacerse un lugar. Circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos*. Buenos Aires, Biblos.

Dubet, François (2015) *¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)*. Siglo XXI editores, Argentina.

Natanson, José (2012). *¿Por qué los jóvenes están volviendo a la política?* Buenos Aires, Debate.

Pérez, Germán y Natalucci, Ana (eds.) (2012). *Vamos las bandas: organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires, Nueva Trilce.

Saintout, Florencia y Varela, Andrea (comp.) (2015). *Jóvenes en la Argentina: de actores sociales a sujetos políticos: memoria colectiva*. E- Book. La Plata, UNLP.

Vázquez, Melina (2015). *Juventud, políticas públicas y participación. Un estudio de las producciones socioestatales de juventud en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Ediciones del Aula Taller.

Vommaro, Pablo (2015). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*. Buenos Aires, Ediciones del Aula Taller.